

EL ORIGEN DEL MAÍZ

3º-4º



<https://ideaswaldorf.com/los-maizales/>

Eso de cuándo nació el maíz, voy a decirle con franqueza que no puedo recordarlo y que nadie se atrevería a precisarlo, porque la memoria no alcanza para tantos siglos y siglos. En cambio, verdad de verdades, sí puedo contarle la fiesta de su nacimiento:

Todo ocurrió en una región hermosísima, Paxil, por aquel entonces casi inhabitada. Era un lugar de Guatemala, en medio de selvas, en medio de montañas, con sus volcanes de suaves declives. No había allí más signo de vida que el canto desatado de los vistosos Guacamayos, de los Cenzontles y de los jubilosos Clarineros. También, algo lejano, podíase escuchar otro canto, más agreste, más bravío tal vez, el del gran río Usumacinta.

Como lo adivinas, éste y no otro era el paraje elegido por los dioses para Tierra-Madre de la primera semilla de maíz. Mas ...

¿Y a quiénes les habría sido encomendada está muy delicada misión?

¿De dónde vendrían las manos labradoras que harían el milagro?

¿Descenderían de las nubes que descolgaban sus gasas grises sobre las cimas de los volcanes?

¿Vendrían del norte o los transportarían las agua del gran río?

¿Llegarían amparados por la noche o detendrían los pies andariegos con el rayar de las primeras luces de la aurora?

Hasta los pájaros de la selva presentían lo asombroso que iba a ocurrir. Desvelados, cuchicheaban entre sí. El Cenzontle, el ave de la garganta privilegiada, el señor de los mil trinos confesaba a una pareja de llamativos Guacamayos:

-“¿Qué piensan ustedes?”

-“No sé; es decir, no sabemos; sin embargo, es como si el aire trajese el anuncio de una gran nueva”.

El majestuoso Quetzal corroboró con una inclinación de cabeza lo que decían los Guacamayos. Él era siempre así, parco para manifestarse. Los Chocoyos, en cambio, como dignos Loritos,

estaban inquietos y molestos porque ninguno de los alados habitantes de la selva les pedía su opinión. Optaron por volar hasta una vieja ceiba donde se cobijaban unos Guardabarrancas.

-“Y ustedes ¿qué piensan?”

-“Bueno, no acertamos a anticipar algo” -, respondieron halagados los aludidos, pero no cabe duda de que el viento pasa de norte a sur, suave y tibio, con un buen anuncio ...

¿Qué anuncio, por ejemplo?

-“Ya dijimos, no acertamos, pero ocurrirá quizás un prodigio. Es cuestión de esperar un poco”

Un Clarinero rasgó con su canto el apenas turbado silencio de la selva. Indudablemente amanecía. Un resplandor rosado, levemente estriado en azul y oro, caía sobre el pequeño valle y entre la apretada hojarasca de los árboles.

De pronto, el Guacamayo sacudió las alas y gritó estridente:

-“¡Ahí, ahí, ahíi..!”

Y todos se empinaron a las ramas altas y miraron: justo donde señalara el Guacamayo, había dos labradores, mujer y hombre, desbrozando de malezas y pedruscos la tierra.

Realizaban la faena ensimismados, alisaban los terrones que saltaban adheridos a las raíces, los mullían con amor. Los pájaros observaban sorprendidos.

¿Quiénes serían?

¿Para qué desbrozarían ese retazo de valle?

Y entonces el Viento regresó para decir:

-“Son Ixmucané e Ixpiyacoc, los enviados de los dioses. Son los señores del Alba y del Crepúsculo.”

-“¿Enviados a qué?”- preguntaron, saliendo de su asombro, los curiosos Chocoyos.

-“A algo prodigioso”-, informó el Viento, que enrolló apresuradamente su larga capa y continuó su camino.

El amanecer irisaba el rocío de las soberbias orquídeas, teñía de rosa el campo sobre el cual se afanaban los señores del Alba y del Crepúsculo.

Reinaba un impresionante silencio. Ningún ave se hubiese permitido romperlo. Permanecían quietas, alertas a lo que iba a ocurrir.

Ahora, ya la tierra preparada, la anciana Ixmucané y su acompañante doblaban las rodillas, alzaban al cielo los ojos y ofrecían a los dioses el contenido de una pequeña alforja. Luego la colocaban con ternura en el centro del campo y oraban largamente. Unos cuantos Chocoyos saltaron por el ruido a las ramas de un zapote para mirar mejor, escondidos tras los rojos racimos de sus flores. En su agujero, el Quetzal destacaba su chaleco de rubíes.

Ixmucané pasó un pequeño cuchillo de sílex al señor del Crepúsculo, y él lo hundió en la tierra. Quedó una ranura abierta para recibir lo que la Señora del Alba con seguridad depositaría en ella. Y no tardó mucho, para dicha de los pájaros espectadores. Ixmucané entreabrió la diminuta alforja y fue sacando de ella los 8 elementos imprescindibles que formarían la primera semilla del maíz.

Extrajo primero un "cuero de culebra" que estaba destinado a envolver a los otros siete componentes y que así mismo les transmitiría su propia cualidad de renovarse cada año. Después dejó caer en él "una gota de leche de venado", para que el corazón de la semilla fuese así, dulce y nutritivo.

Enseguida, junto a la gota de leche acomodó "una pepita de oro" para que recubriese de una firme corteza dorada el corazón de la futura semilla.

Siempre en un ritual de silencio, añadió "una uña de gavilán" para que con el tiempo, la nueva planta se extendiese a todas las comarcas vecinas y aun a las más lejanas.

Ya iban cuatro elementos. ¡Y son ocho! Deja que vaya recordándolos.

El quinto ingrediente: "una gota de sangre de puma", para que resultara resistente.

El sexto, "un trocito de hueso de mapache", para que se adaptase a todos los climas como es la condición esencial de este animalito.

... después ... después, "un pellizco de jade negro", para que la próxima semilla se reprodujese en millones y millones de semillas a través de todos los siglos.

Iban siete elementos; me falta el último. A ver, repasémoslos: *cuero de culebra, leche de venado, pepita de oro, sangre de puma, uña de gavilán, hueso de mapache, jade negro.*

-“¡Octavo, octavo, aparécete, aparécete o no serás jamás conocido por niño o niña alguna del mundo!”

El pícaro octavo componente: "un rabito de plumas", de esas plumas que en remotos tempos los guerreros usaban para darle ánimo a todo el conjunto.

Y ya reunidos y bien apretaditos en el mentado cuero de culebra, los elementos fueron a parar en el hoyo cavado en la tierra del estrecho valle.

Cumplida la misión que les había sido señalada por los dioses, Ixmucané e Ixpiyacoc se encaminaron hacia un grupo de nances y cacao, bajo cuya ancha sombra se replegaron en sí mismos, estáticos, sin que mediara movimiento o palabra alguna.

Comenzaron a pasar los días, uno, dos, tres ... La selva vivía alborotada aguardando el ansiado y misterioso prodigio.

Guacamayos, Clarineros, Chocoyos desplazábanse sólo lo más preciso, y tornaban a detenerse en alguna rama empinada y a clavar los ojos en la suave mega del valle donde tendría lugar el anunciado acontecimiento.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/texto-musical/>

Otros días y otros más ... cuatro, cinco, seis y al séptimo, junto con el aparecer el sol como un vasto resplandor anaranjado sobre la cima de los volcanes, el valle sintió un sacudimiento y, bajo la tierra donde habían sido descubiertos los ocho elementos creadores, el suelo mismo empezó a esponjarse, abrirse lenta, lentamente y apareció la diminuta cabecita verde de un ente bellísimo.

Los ancianos labradores rompieron su éxtasis y fueron a prosternarse junto a él, con idéntica unción que la de los Reyes Magos delante del Niño del pesebre.

Los pájaros irrumpieron en trinos, de tal modo que la selva entera daba la impresión de una fabulosa caja de música. Y todo esto era apenas un comienzo.

Una nube, venida de mucho más allá del cordón montañoso de los volcanes, pasó casi rozando el brote recién nacido y dejó caer una gota, una gran gota de rocío. Ascendió rauda hacia lo alto. Pero esa gota brillante y temblorosa era algo así como el alma que los dioses infundían a aquella valiente criatura vegetal.

Después todo fue fácil. La minúscula hoja verde se irguió sobre un tallo igualmente pequeño y en no más de lo que yo demoro en contártelo, se estiró, se estiró, echó unas hojas largas tan lindas que el sol con ser sol inclinó sus rayos para mirarlas mejor. Y siguieron creciendo hojas y tallo hasta que, pegadas a éste, asomaron dos mazorcas gruesotas que terminaron en sendos penachos de hebras rubias.

El tan esperado gran milagro del maíz, el futuro alimento de los pueblos, se había realizado. Los dioses seguramente sonreían complacidos.

La selva y el valle y los montes eran una sola algarabía.

Hasta el señor de los Volcanes trezó alegre su voz ronca y potente.

El anciano Ixpiyacoc recogió cuatro animales para que propagaran la buena nueva, como se dice por los más apartados rincones del mundo.

El Coyote, la Cotorra, el Gato Montés y el Azacuán eran los elegidos. Aparecieron gozosos con el mensaje al encuentro de las tribus que en esos lugares remotos vagaban por América buscando su alimento. Corrían, que no volaban, el Coyote y el Gato Montés; volaban, que no corrían el Azacuán y la Cotorra, portando las semillas y el notición.

Ixmucané, a todo esto, encendió una gran fogata para cocer los granos del maíz, para enseguida molerlos y hacer con su harina suave y olorosa nueve elementales y distintas preparaciones que asegurarían la vida de los pueblos.

Con el pasar de los años, los lechosos granos del maíz, ya cocidos, serían los sabrosos choclos o elotes que ustedes los niños y las niñas de toda América desgranarían golosos, y serían pan, chicha, deliciosas tortillas, sin olvidar, por cierto, entre sus mil usos el poder moldearse en aquellas tentadoras "humitas" o "tamales . . ."

<https://ideaswaldorf.com/los-maizales/>

Aportación de Sandra Paz T.